

Crestomatías guadalupanas

No. 8

Virgen del Tepeyac

ARTURO ROCHA CORTÉS ©

Uno de los tópicos más interesantes relacionado con la hermenéutica simbólica del Sagrado original de Guadalupe (ya puesto en relieve en nuestro libro *La llave de Guadalupe*) es la declaración toponímica que hace la Celestial Señora, ya desde los motivos florales de su túnica, del lugar especialísimo de sus apariciones: el cerro del Tepeyac.

Se ha dicho que no son flores, sino simples hojas de acanto (*Acanthus mollis* L.), las mismas que caracterizan al orden corintio, en arquitectura.

Pero ciertamente hay mucho más aquí, cual advertirá el observador cuidadoso. No es una simple “hoja”. Es algo más. Y en las diversas ocasiones en que el motivo aparece en la túnica de la virgen, se repiten los mismos elementos del interior.



Acanthus mollis L. Acanthaceae



Dentro de cada una de las consabidas hojas existe un enigma escondido, un símbolo subrepticio que (éste sí; no otros) sólo podían entender los indígenas contempladores que recientemente habían abrevado de la fe en aquel s. XVI novohispano. Más curioso todavía resulta el hecho de que tales curiosidades fueron advertidas por un autor que militaba en la contención antiaparicionista: el desaparecido Salvador Díaz Cíntora, sabio y fecundo autor. Escribió sobre esto en una obra profunda intitulada: *Xochiquetzal. Estudio de mitología náhuatl* (publicada en 1990 por el Seminario de Estudios Prehispánicos para las



Engin Korkmaz
Antiguo grabado floral con peonías
y diseños de acanto

Descolonización de México), y en la que, entre otras cosas, afirma que la Virgen de Guadalupe no es otra cosa que una invención de artista o artistas indígenas quienes habrían querido jugar una especie de broma mitológica (sino es que, de plano, burlarse de los frailes), escondiendo enigmas en la pintura, elocuentes sólo a los ojos vernáculos.

Al margen de la filiación ideológica del autor, nos parece extraordinariamente importante este hallazgo y lo ilustramos aquí con dibujos de la propia obra de Díaz Cántora.

La tesis es muy sencilla. Los motivos vegetales de la túnica de la Virgen de Guadalupe esconden (las nueve veces que aparecen, a veces completa; a veces fragmentariamente) el glifo toponímico de *Tepeyacac*, palabra náhuatl que (como se sabe) significa: “nariz del cerro” o, mejor: “cerro nariz”. De suyo la toponimia para Tepeaca o Tepeyacac es, precisamente, un cerro con una eminente nariz.



De esta suerte, el motivo de aquellas hojas no es tal cosa, sino un cerro o *tépetl* dibujado a la usanza indígena al que se le han agregado motivos faciales caricaturescos: unos ojos fruncidos, una boca que describe una mueca graciosa y... lo más importante, una prominente nariz. Véase la evolución gráfica de esta caricaturesca toponimia, escondida en lo vegetal, tal cual sugirió Díaz Cántora.

Y aun cuando hay autores que han señalado (sin aportar pruebas) que los motivos vegetales de la túnica son añadidos posteriores, tenemos para nosotros que este enigma toponímico se repite en la túnica como una forma de declarar la Celestial Señora que en aquella eminencia orográfica, en aquel “cerro nariz”, Ella, por virtud de su Divino Hijo, ha querido manifestarse.

Pero, ¿Ud. qué opina?

